

ya sin pérdida de tiempo escribió por medio de su embajador al Papa: que para evitar tales escándalos y disgustos, que podían turbar la paz, nacidos de un acto de *mera devoción*, había resuelto que no se celebrase más aquella ceremonia. Exigió el Papa la revocación de este acto, que calificó de atentatorio á su alta soberanía; y no obteniéndola protestó en vano, y aun reclama, *pro forma*, el día de aquella festividad el perdido derecho. Así concluyó completamente toda sombra de dependencia ajena del reino de las Dos Sicilias.

Trató el Rey de tomar estado, y ajustó su matrimonio con María Josefa de Anstria, hija del emperador Francisco I. Pero habiendo muerto esta señora cuando se hacían los preparativos de la boda, la reemplazó su hermana María Carolina; y en Nápoles el 22 de mayo de 1768 se verificó el regio enlace, solemnizado con grandes fiestas y regocijos, que duraron algunos meses.

Hermosa, altanera, instruida, y austriaca, debía suponerse la parte que iba á tener la Reina en la gobernación del Estado, y la tenaz oposición que haría á la influencia española; mucho más cuando fué artículo expreso de las capitulaciones matrimoniales, que asistiría á los consejos de Estado. Desde luego se notó que no simpatizaba con el ministro Tanucci; y no era difícil de conocer el arrepentimiento de éste por no haber cuidado más de la educación de su soberano, haciéndolo capaz de gobernar por sí mismo, y no por ajenas inspiraciones. Continué empero algún tiempo en la dirección de los negocios públicos, y en íntima aunque más reservada correspondencia con Carlos III.

Prosiguieron pues las reformas y los arreglos, ocupándose de todas las academias y reuniones de sabios y de filósofos; y entónces brillaron los ilustres escritores Galiani, Palmieri, Pagano, descolando entre ellos el célebre Cayetano Filangieri, autor de la gran obra titulada *Scienza della Legislazione*.

También entónces nació la rica industria del coral, y se perdió en breve por el furor que reinaba en aquella época de reglamentario todo: á pesar de tanta actividad y movimiento, no prosperaba la hacienda, y el reino decaya visiblemente.

En 1777 dió á luz la Reina un príncipe, y exigió en seguida la asistencia á los consejos y consultas de Estado; y aunque Tanucci opuso cuantas dificultades le sugirió su astucia y su práctica cortesana, no lo pudo impedir; y dejando el gobierno á la altiva austriaca, salió del ministerio, se retiró de la corte, y se estableció lejos de ella en una casa de campo, donde á poco pasó á mejor vida. Hombre notabilísimo, enciclopedista sí, y de escasa instrucción, pero de grandes instintos de gobierno, de fecundas ideas, laborioso, perseverante, bien quisto y de suma pureza, gobernó con poder absoluto cuarenta y tres años, se retiró del mando sin enemigos, y murió en la miseria.

Dueña de las riendas del Estado la reina María Carolina, y más alejado que nunca el rey Fernando de los negocios públicos, cambiaron completamente las relaciones extranjeras, rompiéndose los vínculos que unían el reino de las Dos Sicilias con España, y estrechándose con Inglaterra. Sucedió á Tanucci en el ministerio el marqués de Sambucca, que estaba de embajador en Viena; y se trató de aumentar las reformas, siguiendo las ideas filosóficas que estaban de moda en la capital del imperio; pero el mal estado de la Hacienda agravado con los nuevos despilfarros de la corte, que se puso en un pie de ostentación y de lujo, no al nivel de los recursos del reino, y el encontrarse sin ejército y sin marina; aquél indispensable siquiera para mantener el orden interior, como lo exigían los adelantos admirables de la industria, y ésta necesaria para proteger la navegación y el comercio acrecentados de una manera increíble; alarmó á la Reina y al nuevo ministro, y convinieron en que eran necesarias tropas y naves de guerra; mas no sabiendo de quién echar mano para crear ejército y marina, se pensó para lo primero en un general austriaco, y para lo segundo (por no llamar ni á un español, ni á un francés) resolvieron por consejo del príncipe de Caramanico, que gozaba de gran influencia en palacio, nombrar almirante al caballero inglés Juan Acton, que se hallaba al servicio de Toscana, y había adquirido renombre de experto y de valeroso en una expedición contra Argel.

No tardó en aceptar el aventurero esta primera muestra de los favores de la fortuna; y con permiso del Gran Duque pasó á Nápoles en 1779, donde fué muy bien acogido por los Reyes y por toda la aristocracia, encargándose de la dirección general de marina. Al mismo tiempo Sambucca dejó el ministerio de Estado al marqués Caracciolo, hombre de juicio y reputado buen economista.

No desaprovechó la corte romana estos cambios para arrancar un nuevo Concordato, sin el estorbo de Tanucci; pero negoció en vano, pues Caracciolo, que siendo Virey de Sicilia dió muestras de su entereza en estas materias, se mantuvo firme, y rechazó con energía las exageradas pretensiones de Roma.

Obtuvo muy luego el caballero Acton el ministerio de Marina, y empezó, ambicionando algo

más, á minar el favor secreto de Caramanico, hasta lograr que saliese este rival poderoso á la embajada de Londres. Trató de ganarse popularidad, y lo consiguió mostrándose poco amigo de la nobleza, estableciendo escuelas gratuitas, publicando proyectos de caminos y obras públicas, mejorando para el comercio los puertos de Miseno, Brindis y Baya, y hasta intentando establecer la libertad de cultos en Mesina y en Brindis. Abolió también el ministerio de Hacienda, creando para regirla y administrarla un consejo, y empezó á dedicarse con calor al aumento del ejército y de la escuadra, alzándose en fin con el supremo mando, con el afecto y completo favor de la Reina, con la confianza, el respeto y hasta el miedo del Rey y con la opinión del país. Mariscal de campo, teniente general, capitán general, todo lo fué el afortunado Acton en pocos días; y se vió condecorado con las primeras grandes cruces de Europa, y hasta por servicios hechos á su patria en el ministerio de Nápoles, obtuvo el nobilísimo título de Lord de Inglaterra, creciendo en riquezas al paso que en honores y en importancia política.

Apareció falaz y momentáneamente tan engrandecido el poder del reino de las Dos Sicilias por el número de soldados y de buques que se le suponían, que los Borbones de Francia y de España quisieron buscar su alianza; pero ¿qué podían conseguir sino desaire y repulsa de una reina austriaca y de un favorito inglés? Ofendió Carlos III escribió con autoridad de padre á su hijo Fernando IV importantes y discretas reflexiones, aconsejándole que alejase de su consejo, de su corte y de su reino á aquel temible y audaz advenedizo. Nada consiguió y murió á poco muy afligido de cuanto ocurría en su predilecto palacio de Caserta.

El año de 1783 fué funestísimo para el reino de las Dos Sicilias. Continuos y espantosos terremotos arruinaron doscientas treinta y tres ciudades y pueblos, y hasta cambiaron completamente el terreno en las férciles provincias de Calabria y del norte de Sicilia. Innumerables fueron las víctimas, pues pasaron de sesenta mil, granada la pérdida de cuantiosas riquezas; generales el espanto y la aflicción, y notable el empobrecimiento. Al mismo tiempo las borrascas, las tormentas, las inundaciones, los huracanes conturbaron el país, y las bandas de facinerosos, nacidas en el general desorden y aturdimiento, aumentaron aquel cúmulo de desastres. Al cabo se apiadó el cielo del reino infeliz, volvió el orden á su naturaleza, se ocupó el gobierno en reparar tanto daño, y en remediar la miseria pública.

El año 1784 cuando la tierra se reponía de tantas angustias y dolorosas pérdidas vinieron á visitar á la Reina sus hermanos José II y el Gran Duque Leopoldo. Hicieronlo de incógnito, esto es, sin admitir honores ni obsequios, y como convención á dos filósofos empapados en las doctrinas enciclopedistas. Convinieron la corte de Nápoles en una verdadera academia; y después de entusiasmar á la Reina y á los sabios con la ostentación pomposa de sus proyectos liberales, filantópicos y humanitarios, regresaron á sus respectivas capitales.

Con el ejemplo de sus huéspedes nació en la Reina el deseo, y lo comunicó á su esposo, de viajar también, á lo menos por Italia; pero no enubierta la majestad bajo el incógnito, sino rodeada de esplendor y con toda su pompa. Y el año 1785 (no queriendo hacer el viaje por tierra, para evitar la visita al Papa, con quien aun duraban los desabrimientos), en un magnífico navío ricamente preparado, y seguido de otras doce naves de guerra, llegaron los Reyes á Liorna. Fueron allí visitados y altamente recibidos por los príncipes toscanos, y con ellos y pomposo séquito pasaron á Pisa y á Florencia. Allí ufano el Gran Duque hacia alarde de sus reformas y nuevas instituciones, y de las efectivas mejoras que había hecho en el país. Y es fama que preguntó al napolitano cuántas y cuáles había el hecho en el suyo, á lo que este contestó: *ninguna*, añadiendo tras el general silencio que produjo esta seca respuesta: *Gran número de toscanos vienen á mi reino á pedirme empleos: ¡cuántos napolitanos vienen aquí á pedirselos á V. A.!*... Quedó cortado el Gran Duque, y la Reina discretamente llamó la atención á otro asunto.

De Florencia marcharon los soberanos de Nápoles á Milan, Turin y Génova, con tanto fausto y ostentación, y generoso despendimiento, que por muchos años le quedó al rey Fernando IV en aquellos países el apodo de *el rey de oro*. En Génova se embarcaron de nuevo, y regresaron á Nápoles escoltados por buques ingleses, holandeses y de la orden de San Juan. Cuatro meses duró el viaje, que costó un millón de ducados (16.000.000 de rs.), suma que hubiera podido emplearse mejor en remediar los desastres de Calabria y de Sicilia en los recientes terremotos.

Si una educación esmerada hubiese desarrollado las buenas disposiciones de Fernando IV, y marcándole la verdadera senda por donde debían encaminarse sus buenos instintos, su bondad suma, su patriotismo ardiente y su amor á sus súbditos, hubiera sido sin duda un gran Rey, como lo demuestra la fundación de la colonia de San Leucio, pensamiento exclusivamente suyo, y suyo el espíritu de

las leyes que le rigieron. Envidioso de ver el nombre del padre inmortalizado en tantos edificios, y despendimiento en su gasto, regalos y propinas. Al cabo se asentaron, y como la Reina no desistió de sus intentos, siguieron los preparativos de guerra, y el proyectar nuevos tratados secretos y alianzas para reunir medios con que escarmantar á los franceses. Tantos esfuerzos debilitaban cada vez más el decadente reino, y la miseria y el desaliento eran generales. Empezaron con encono las persecuciones. Los discursos y controversias, que un año antes merecían el aplauso y el favor de la corte, eran ya delitos atroces, que se perseguían y castigaban sin piedad; y el fanatismo renació furibundo contra las reformas de Carlos III y de Tanucci, dando un poder colosal al clero, que predicaba el odio á toda innovación, cuyo resultado, decía, eran los espantosos horrores de la república francesa.

Ya había muerto el rey de España Carlos III y sucediéndole el señor don Carlos IV, cuando tratando el rey de Nápoles, que ya tenía heredero en el príncipe Francisco, de casar á sus hijas, lo verificó con los archiduques Francisco y Fernando, hijos del gran duque Leopoldo. La muerte del emperador José II, ocurrida en 1790, llamó al imperio al gran duque Leopoldo, que dejando en Florencia á su hijo Fernando, se llevó consigo, como heredero, al primogénito Francisco. Los Reyes de Nápoles fueron á Viena á celebrar las bodas y la coronación del nuevo Emperador, y luego lo acompañaron á Hungría, siendo en todas partes magníficamente obsequiados. Pero aun no vueltos á Nápoles, supieron con disgusto nuevas inesperadas y terribles que les obligaron á volver con presteza á su reino.

XI

Las semillas esparcidas con mano pródiga por los escritores y filósofos, los adelantamientos materiales de la sociedad, y sus necesidades nuevas; las equivocadas interpretaciones y errada inteligencia de las inglesas instituciones, y las maravillas que se contaban de los Estados-Unidos de América, por los aventureros que habían contribuido á su emancipación, dieron el fruto que debían de dar, asombrando al orbe con la revolución francesa, uno de los acontecimientos mayores y uno de los más grandes trastornos que han conmovido á la humanidad. No hay quien ignore su historia; hablaremos pues de ella sólo en cuanto tenga relación con la que vamos compendiando en este breve escrito.

Las noticias de los acontecimientos de París estremecieron todos los tronos de la tierra. Y caminando en busca del suyo los Reyes de las Dos Sicilias, quisieron hacer algunas alianzas, que no tuvieron efecto, y visitaron al Papa, arregladas ya las pasadas discordias. Fueron recibidos en Nápoles con grandes fiestas y regocijos, que no disiparon las oscuras nubes que se aglomeraban en el horizonte político. Tratóse inmediatamente de guerra. Encargóse el ministro Acton de ella, con actividad extraordinaria. Trabajaban sin cesar de día y de noche los arsenales, las fundiciones, las fábricas de armas y de municiones; se aumentaron los regimientos con levas, quintas, voluntarios y criminales, y se preparaban ejércitos y escuadras, creyendo que con tales medios se podría conjurar la violenta borrasca.

Todo cambió de aspecto. Cesaron las reformas, cerráronse las academias, persiguióse á los sabios, recogiéronse los libros, cerró su corte de filósofos la Reina, y hasta maldijo su facilidad en haberlos antes acogido y consultado. Se prohibieron y quemaron las obras de Filangieri y de otros escritores liberales; y el clero y la policía secreta todo lo minaban, todo lo perseguían; y mudado completamente el aspecto público del reino y de la capital, no presentaba más que descontento, tristeza, desaliento y humillación.

Cada día eran más alarmadoras las noticias de Francia. La fuga de la familia real causó imprudente y prematuro contento en el palacio de Caserta, pero los acontecimientos posteriores lo llenaron de luto y amargura. Quiso el caballero Acton formar una liga italiana, á que no se avino la república de Venecia; y estaba en estas negociaciones dilatando el recibir como embajador de Francia á Makau, cuando el almirante francés Latouche, con catorce navíos, fundó en el puerto á medio tiro de cañón del castillo del Ovo, y envió un mensajero á pedir satisfacción del retardo en recibir al diplomático francés y á exigir neutralidad. Reunió el Rey su consejo, y aunque había medios de resistencia y para destruir completamente la escuadra enemiga, faltaba ánimo; y la Reina, temerosa de los jacobinos y republicanos, de que decía estar plagado el reino, fué de opinión de ceder y de avenirse á todo. Hizose así, fué Makau recibido con el ceremonial de costumbre, firmó un convenio de neutralidad, y Latouche dió la vela y desapareció; pero asaltado en un borrascoso temporal volvió á fundear y vino á tierra con su oficialidad. Con el amparo de esta fuerza respiraron los perseguidos, se alentaron y salieron los que estaban ocultos; y los jóvenes empapados en las nuevas ideas, admiradores entusiastas de la revolución francesa, rodearon á los huéspedes, que no dejaron de propa-

gar noticias é ideas contagiosas hasta en el populacho, porque las difundían con generosidad y despendimiento en su gasto, regalos y propinas. Al cabo se asentaron, y como la Reina no desistió de sus intentos, siguieron los preparativos de guerra, y el proyectar nuevos tratados secretos y alianzas para reunir medios con que escarmantar á los franceses. Tantos esfuerzos debilitaban cada vez más el decadente reino, y la miseria y el desaliento eran generales. Empezaron con encono las persecuciones. Los discursos y controversias, que un año antes merecían el aplauso y el favor de la corte, eran ya delitos atroces, que se perseguían y castigaban sin piedad; y el fanatismo renació furibundo contra las reformas de Carlos III y de Tanucci, dando un poder colosal al clero, que predicaba el odio á toda innovación, cuyo resultado, decía, eran los espantosos horrores de la república francesa.

La desgraciada muerte, ó por mejor decir, el glorioso martirio del inocente Luis XVI, aterrá á todos los reyes de Europa; y en defensa propia resolvieron caer sobre la rebelde Francia, para apagar en ella el hogar espantoso de las revoluciones. Pero recelosos de sus propios pueblos, mal avenidos entre sí, pobres de recursos, y sin grandes capitales que dirigieran las operaciones, no lograron más que dar nuevas fuerzas en la cuna á aquel Titan que iba á trastornar el universo. La Inglaterra sola con su gran preponderancia marítima, y usando oportunamente de sus riquezas, sostenía la guerra con éxito y reputación. Coligóse secretamente con ella, con España y con Cerdeña el rey de las Dos Sicilias, y envió una escuadra, rompiendo la neutralidad que le impuso el almirante Latouche, á Tolon; la que después de perdido y entregado á las llamas aquel famoso arsenal, volvió á Nápoles, tornando á poco á Ayuda á los ingleses para su expedición contra Córcega. Al mismo tiempo que contribuía el reino de las Dos Sicilias á la guerra marítima, lo hacía también á la terrestre en Lombardia, con más de cuarenta mil hombres. Todo lo cual puso en tal angustia al Erario, que la Reina y el caballero Acton discurrieron apelar á empréstitos y adelantos llamados ya entónces *patrióticos*, y á echar mano de los bancos y fondos públicos. En aquel tiempo ocurrió el asesinato de Grastava III, rey de Suecia; y resultando cómplice el ministro napolitano, pasaron graves reconvencciones, y desdeñosas controversias, que hubieran terminado en un pesado conflicto en otras circunstancias, y que no dejaron de hacer ruido en Europa.

A la inquietud de la guerra, á los disgustos políticos, al mal estado del país, vinieron á unirse el terror y los desastres de una horrible y espantosa erupción del Vesubio, cuyos torrentes de lava destruyeron gran parte de la torre del Grecco, y los campos y caseríos de Resnina; y cuyas espesas cenizas, levantadas por el humo cubriendo la bóveda celeste, tuvieron tres días en profunda noche la ciudad de Nápoles y su contorno en treinta millas á la redonda.

En la corte siguieron las sospechas y los temores de conjuraciones continuas, unas verdaderas, otras falsas, para buscar pretextos de imprudentes persecuciones. Y no estaban vacíos los calabozos, ni ociosos los verdugos; pero era á lo menos consuelo de tal degradación, que el ejército napolitano combatía con gloria al lado del alemán en Lombardia, y que la escuadra ganaba, en los mares de Savona, reiterados elogios del almirante inglés Hotham.

Pronto los ejércitos de la república francesa, mandados por el general Bonaparte, inundaron el norte de Italia, ganando victoria sobre victoria, destruyendo los gobiernos antiguos, y fundando nuevas repúblicas. Ya habían hecho la paz Cerdeña, Prusia y España, y el Rey de las Dos Sicilias la negoció en París, con la condición de verdadera neutralidad, de desarme de sus fuerzas terrestres y marítimas, y del pago de treinta y dos millones de reales. Seguía la guerra contra el Papa; y cuando se creyó concluida con la paz de Tolentino, volvió á encenderse por el asesinato del general Duphot, embajador de la república cerca de la Santa Sede.

Después de ajustada y firmada la paz de Campoformio, había dejado el general Bonaparte el mando de los ejércitos de Italia al general Berthier, el cual embió el Estado romano, publicando, como era moda entónces, pedantescas proclamas recordando á Breno y á Camilo, etc. Al llegar á la vista de Roma, se sublevó el pueblo á su favor, y plantando un árbol de libertad en Campo-vaccino, lo recibió con serviles aplausos.

Encerróse el Papa en el Vaticano, mientras el vencedor proclamaba el 15 de febrero de 1798 y establecía la República romana, con groseros insultos al vicario de Cristo, al sucesor de San Pedro, al jefe de la religión católica dominadora de ambos mundos; yendo en seguida, para mayor escarnio, á pedirle su aprobación y que reconociese como válida aquella usurpación inmotivada. Resistió, con la dignidad propia de su alto carácter y de su misión divina, el respetable anciano Pio VI; y con violencia arrancado de su palacio, viajó

prisionero de un punto á otro, hasta morir en el castillo de Valenza del Pó.

Estos acontecimientos, coincidiendo con noticias de que se acercaba á las costas de Sicilia la escuadra, antes veneciana y ya francesa, con tropas de desembarco; y de que Bonaparte, con otra poderosa escuadra, republicana, se había apoderado de Malta, lanzando de allí la religión Jerosolimitana, obligaron al gobierno napolitano á enviar refuerzos de tropas á Sicilia, aumentando las baterías y defensas de sus costas, y á establecer un cuerpo de observación en el Garellano y en la frontera de Abruzzo.

Los emigrados y fugitivos de Roma, que se habían acogido en Nápoles, fueron el pretexto para un mensaje del general francés, pidiendo la pronta expulsión de aquellos infelices, la despedida del embajador de Inglaterra, el destierro del ministro Acton, paso franco para las guarniciones de Pontecorvo y de Benevento; y finalmente el restablecimiento del antiguo vasallaje en Nápoles al Papa, transmitido á la república romana, y exigiendo en tal concepto el tributo anual y 140,000 ducados por los caídos desde que el Rey, sin consentimiento del Pontífice, abolió aquella obligación.

Setiósele el Rey de Nápoles á unas exigencias, negó otras, y evadió las restantes, conjurando por el pronto la tempestad. Y con gran sigilo y con los medios discurridos por la sagaz María Carolina y por el audaz Acton, se celebró un tratado secreto con Austria, Rusia, Inglaterra y Turquía para empezar la guerra á la primera ocasión. Y la Rusia, encargándose en tanto de la defensa de Sicilia, envió allí una escuadra con tropas de desembarco. Mas las noticias de la expedición de Egipto, del combate de Aboukir, y á poco la entrada triunfal en el puerto de Nápoles del vencedor Nelson, reanimaron los espíritus y alejaron todo temor de inminente peligro. Magnífico fué el recibimiento hecho al almirante inglés. Salieron á su encuentro en una falda pomposamente engalanada, el Rey, la Reina, los ministros y el embajador de Inglaterra Hamilton con su hermosísima mujer. Subieron á bordo del navío entre salvas estrepitosas y vivas de las tripulaciones. El Rey regaló una magnífica espada á Nelson, la Reina le dió una riquísima joya, el embajador las gracias en nombre de Inglaterra y Lady Hamilton su amor vehemente y entusiasta. Fondearon los triunfadores bajeles británicos, llevando á remolque los vencidos franceses. Saltaron en tierra el Almirante, los Reyes, el embajador, la hermosa y su séquito. Recibieronlos ardientes vivas, concertadas músicas, sonoras campanas y un inmenso gentío jubiloso y entusiasmado. Hubo un festín en palacio, y por la noche se iluminó el teatro de San Carlos, donde resonaron himnos al vencedor de Aboukir, y á donde concurrieron damas de la corte con cintas y pañuelos en que se leía en primorosos estampados: *Viva Nelson*. El embajador de la república francesa Garat, viendo hollado el tratado de paz y de neutralidad, reclamó contra todo lo ocurrido aquel día, pidiendo explicaciones y satisfacción. Sólo se le contestó: que había sido recibida la escuadra inglesa en el puerto, por haber amenazado bombardear la ciudad si no se le daba entrada, y se eludieron los demás cargos.

Óbraba así el gobierno porque se tenía casi segura nueva liga para aprovechar el momento en que los ejércitos franceses estaban muy diseminados y en que el invencible general se hallaba ocupado en Oriente. Y no ocultando ya el Rey de las Dos Sicilias sus intentos, reorganizó sus tropas, dió el mando de un cuerpo de ellas al general austriaco Mack y decidieron la Reina y su favorito Acton hacer la guerra á toda costa, auxiliada con subsidios considerables de Inglaterra.

El embajador francés pidió cuenta de tales preparativos, y se le respondió: que no eran para hostilizar á la República sino para guardar el reino. A los pocos días el Rey declaró imprudentemente la guerra, se puso á la cabeza de su ejército y entró en Roma, arrollando á los franceses, que dejaron guarnición en Castel-Santangelo. El populacho romano se entregó á excesos horribles, la reacción fué completa. Fernando IV creyó ya conquistado todo; y escribió á su corte para que se solemnizara el triunfo de sus armas, al Papa para que volviese á su silla asegurada por las tropas napolitanas, y al Rey de Cerdeña para animarlo á la guerra.

En tanto Macdonald, Mounier y otros generales franceses, aunque escasos de fuerzas, apretaban las fronteras de Abruzzo, y otro cuerpo de napolitanos desembarcado en Liorna, en combinación con los ingleses, tuvo que embarcarse, con pérdida de fuerza y de reputación, dejándose en tierra una brigada mandada por el general Naselli, que al cabo de algunos días cayó prisionero.

Quiso en Roma el Rey rendir el castillo, pero no lo consiguió; y noticioso de que el general Championnet reunido con Macdonald venía á marchas dobles, se retiró á Albano, y de allí á su palacio de Caserta; con tal temor que hizo el viaje disfrazado con las ropas del duque de Ascoli, quien vistió las del Rey, pasando por tal en todo el camino.

Tan luego como el general Championnet restableció la república romana, reunió sus tropas, y

dió descanso á sus soldados, resolvió (á pesar de su escasa fuerza, de la revolución del Piamonte y de las conferencias guerreras que se celebraban en Rastadt) atacar el reino de Nápoles.

Empezó el general Duhesme la operación, ganando en los Abruzzos el importante puesto de Civitella, y avanzando hasta Pescara. Al mismo tiempo adelantaban, por los Apeninos, el general Mounier, el general Rey por las Lagunas, y Macdonald por Frosinone y Ceperado. Apurado el rey Fernando al ver los enemigos invadir su territorio, publicó una proclama declarando aquella guerra, guerra nacional, y llamando á combatir á los pueblos y á los napolitanos todos. Este llamamiento al país, ayudado de las exhortaciones y ejemplo de los eclesiásticos y de los nobles y pudientes, tuvo cumplido efecto; y puso en gravísimo apuro á los franceses, que encontraban enemigos en todas partes, que en ninguna hallaban ni viveres, ni acogida, y en cada desfiladero un campo de batalla, y en cada noche una sorpresa, sin que la vigilancia ni la disciplina, ni el número, los pusiese á cubierto de inesperadas acometidas y de considerables pérdidas. Habían rendido las plazas de Gaeta y de Pescara, deshecho á Mack, arrollado las tropas de las fronteras todas; pero la guerra del paisanaje los tenía embarazados y detenidos, en tal posición que sólo un desacierto de la corte, que calmara aquel entusiasmo, les podía dar la victoria. Y ocurrió el desacierto. El Rey, la Reina, Acton, el embajador inglés, su esposa (abiertamente dama de Nelson), y acaso este mismo, trataron de que la real familia huiese de Nápoles y se salvase en Sicilia; cuando en el último caso, si hubiera sido necesario abandonar la capital, tenía en Calabria y en Abruzzo donde retirarse con dignidad y continuar la guerra nacional, que con tanta bizarria y buen éxito se había comenzado.

Al amanecer del día 21 de diciembre de 1798 se vieron salir del golfo varios buques de guerra, que habían dado la vela á media noche y con gran silencio; y en el navío almirante inglés, que iba con ellos, arbolado el estandarte real. El Rey y su familia, y los ministros, y su corte, navegaban la vuelta de Sicilia. Viólo pasmado el pueblo, y no lo creyó; hasta que los edictos fijados en las esquinas le dijeron: que el Rey iba á buscar refuerzos, que volvería muy pronto, y que entretanto nombraba Vicario general al príncipe Pignatelli, y general del ejército á Mack. Vientos contrarios detuvieron á la vista tres días la escuadra combinada. Repetidos mensajes de la ciudad fueron á bordo para rogar al Rey que volviese, ofreciéndole tesoros, soldados y armas con que defenderlo de los franceses. Todo en vano, el Rey continuó su viaje. Una horrosa borrasca vino á hacer luego peligrosísima la travesía. El Rey á vista del peligro, arrepentido de su resolución, reconvinó á sus consejeros. Arreiciando el tiempo, dispersáronse los buques, unos buscaron el abrigo de la costa de Calabria, otros se refugiaron en Cerdeña. El navío de Nelson, y que él mismo mandaba, donde iba el Rey, rindió un palo, y estuvo á punto de perecer; al mismo tiempo que pasó cerca, dominando las olas y navegando seguro, un navío napolitano mandado por el almirante Caracciolo. Desconsolado el Rey, hizo notar la diferencia al inglés, despertando en su ánimo la más enconada y negra envidia. A pesar de la tempestad logró al cabo el navío británico fondear en Palermo, muy desatrozado; y á poco ancló allí cerca el de Caracciolo, sano y salvo, en perfecta disciplina y sin la menor avería.

La ausencia del Rey y del gobierno desanimó y afigió al pueblo, indignó á los nobles y á las autoridades, dió aliento á los ocultos jacobinos y á cuantos deseaban el triunfo de los franceses, tan generosos en establecer repúblicas. Sin embargo, Mack reunió fuerzas y se preparó á la guerra, y se presentó delante de Macdonald, y consiguió un armisticio de dos meses. Ocurrieron en tanto graves desórdenes en Nápoles, completamente desguarnecida, y se empezó á dudar de la buena fe del Vicario general, suponiéndole trato con los franceses. En una sublevación se apoderó el pueblo de los castillos, y arrojó á Pignatelli de la ciudad; y pidiendo marchar contra los franceses, nombró generales á los coroneles Moliterno y Roccaromana, y envió una turba á prender al general Mack, que tuvo que acogerse en Caserta al amparo del general enemigo Championnet.

Tantos desórdenes, y los saqueos y asesinatos, alejaron de la defensa á las gentes sensatas, y facilitaron á los franceses la conquista, parte por inteligencias secretas, parte por corrupción y parte por la fuerza. Es cierto que el pueblo napolitano hizo una resistencia que hubiera sido heroica á no haber sido feroz; pero atacaban la ciudad Championnet, Duhesme, Kellermann y Duffesse, con tropas halagadas siempre por la victoria, y que tenían en la ciudad muchos y poderosos partidarios y valedores. Tomando á Santelmo por traición, venciendo grandes obstáculos, y dudando muchas horas del éxito, y con pérdida notable, combatiendo en las calles y en las plazas, quedó dueño el ejército francés de la ciudad, el día 22 de enero de 1799, y estableció la República Partenopea.

XII.

Declaró Championnet por solemne decreto que la república francesa usaba del derecho de conquista en bien de los pueblos, y que por lo tanto declaraba el estado de Nápoles república independiente. Nombró una comisión de veinticinco que gobernase provisoriamente y que redactasen la constitución; dividió el antiguo reino en *cantones*, trastornando y confundiendo los límites de las provincias; abolió los mayorazgos y los títulos; declaró deuda nacional los atrasos de los bancos y del tesoro, y proclamó *libertad, igualdad, fraternidad*. También abrió los cotos reales, repartiendo los bosques y propiedades de la corona, y mandó destruir los escudos de armas y las estatuas de los reyes. Pero en tanto no se desdiciaba el institutor de repúblicas en cobrar vigorosamente las contribuciones corrientes y atrasadas, y en resarcir los gastos de la guerra. En vano reclamaron los nuevos gobernantes. El vencedor les respondió *ve victis*. Los jacobinos y los clubistas aplaudían, los pueblos eran presa de la miseria más espantosa. No tardó en aparecer el hambre, y se echó la culpa al Rey y á los ingleses, que detenían los buques que arribaban con víveres y que impedían la exportación de cereales de Sicilia. Si la fuga del Rey, y la expugnación de la ciudad por los franceses, habían entibiado el feróz patriotismo de los guerrilleros y acobardado á los guardadores, la nueva miserable situación los reanimó, y tornaron á las armas en los montes de Calabria y de Abruzzo, y en los bosques que circundan la capital.

Vino un comisario de París llamado el ciudadano Tappouit, con decreto de la república francesa, á tomar posesión de los bienes del real patrimonio, de las encomiendas de Malta, de los monasterios suprimidos, de las fábricas de porcelana, y hasta de las excavaciones de Pompeya, como bienes de conquista pertenecientes á la Francia. Se opuso con tesón el general Championnet al atrevido comisario, que volvió á París, donde reclamó y consiguió el que fuese llamado, depuesto y encausado el general. Sucedióle Macdonald, y volvió ufano Tappouit á llevar á cabo sus rapiñas.

No se desdiciaban en tanto en Palermo la Reina y su favorito, de acuerdo en todo con los ingleses; y acaloraban la guerra nacional, y corrían los mares de uno á otro lado de Italia, y mantenían secretas inteligencias con todos los gobiernos, preparando un nuevo rompimiento general contra los franceses. Y para recobrar el reino de Nápoles y acabar con la ridícula república, echaron mano del cardenal Ruffo, audaz, fanático y ambicioso. Enviáronlo á Calabria, donde tenía antiguos feudos su ilustre familia, si bien seguido de pocos aventureros y desprovisto de caudales, revestido de ilimitada autoridad. Desembarcó con sus insignias cardenales en Baguara el año 1799 por febrero, con corto séquito; pero encontró no sólo buena acogida sino universal veneración. Reuniéronse antiguos militares, nobles y clérigos perseguidos, propietarios arruinados, contrabandistas, malhechores, y todo en tanto número, que trocando la púrpura por el arnés, se declaró general en jefe del ejército de la fe. Empezó lentamente sus operaciones militares, expugno ciudades, saqueó las que se le resistían, y restableció en el país que iba ocupando el gobierno real. En tanto Nelson con buques ingleses y napolitanos corría las costas y hacía momentáneos desembarcos; mientras que en el norte de Italia renacía la guerra con poca ventaja de los franceses.

Acudían los generales Macdonald, Coutard y Vatin á todas partes, y en todas se encontraban con guerra; y aunque el último logró deshacer en Castellamare una expedición de tropas inglesas y sicilianas, que se habían apoderado de toda la comarca, viéndose sin fuerzas para resistir, se retiraron los franceses en buen orden abandonándolo todo, pero dejando fuertes guarniciones en Santelmo, Gaeta y Capua. Avanzó el Cardenal, sostenido por Fra Diavolo, Mammone, Sciarda y otros famosos guerrilleros. Y en Nápoles los republicanos creyéndose populares, y abrigando la ilusión de que los ayudaba la opinión pública, decretaban leyes impracticables, soblaban un entusiasmo que no ardía, pronunciaban pedantescos discursos y confiaban la salud de la república en las más absurdas y descabelladas disposiciones. Rebeláronse las islas de Ischia y de Procida, y con un buque republicano fué á sosegarlas el almirante Caracciolo, de quien hemos hecho mención, que había vuelto á Sicilia con permiso del Rey y servía desgraciadamente á la república. El desconcierto era general, no venían los socorros ofrecidos por Francia, una división rusa había desembarcado en Taranto, con otro cuerpo de tropas turcas, y marcharon á renir con el purpurado general. En Nápoles mismo trabajaban los realistas á cara descubierta, y se amotinaban diariamente los lazarones gritando: ¡Viva el Rey, viva la fe; con lo que deshechos los republicanos propusieron medidas atroces, que afortunadamente no tuvieron tiempo de cumplir.

Ya el cardenal Ruffo estaba á la vista de la ciudad con las turbas armadas de su primitivo ejército de la fe, reforzadas con batallones y escuadrones

rusos y sicilianos, que se apoderaron del fuerte del Granatello, aunque lo defendió desde el mar el obsecado Caracciolo; y ya con bastantes elementos de triunfo se dispuso el ataque de la ciudad el día de San Antonio. Los republicanos Bassetti, Wirtz y otros valientes la defendían vigorosamente, también los ayudaba Caracciolo; la victoria estuvo dudosa, derramóse mucha sangre, combatióse por una y otra parte con extremado ardimiento y hasta con ferocidad horrenda. Al declinar la tarde fué muerto Wirtz, se replegó Bassetti, huyeron los directores de la república moribunda á Castelnuovo, todo fué confusión y ruina. Los indiferentes, los escondidos, y los que querían rehabilitarse salieron de sus guaridas, se pusieron al frente de los lazarones y gritaron viva el Rey, la ciudad era ya suya; pero no entraron en ella las tropas de Ruffo, y las de la república, con todos los comprometidos, se refugiaron en los castillos y en el importante puesto de Pizzo-falcone. Pero escasos de víveres, desunidos entre sí, como acontece en tan angustiosas ocasiones, y perdida toda esperanza de socorro, propusieron capitulación, exigiendo asistiesen á ella los generales ruso y otomano y el comodoro inglés, amenazando si no había acomodo destruir la ciudad con la artillería de los fuertes. Acedió el Cardenal por evitar más estragos á que asistiesen los dichos extranjeros á la conferencia, y en su casa se discutieron y firmaron los artículos, reducidos: á que Castelnuovo y el castillo del Ovo, y demás puestos fortificados, se entregarian á las armas del Rey, permitiendo á los republicanos que los guarnecían y á los refugiados en ellos, salir libres y con toda seguridad, á embarcarse en el muelle y en las marinas para ir fuera del reino; que se publicaría y sostendría una amnistía general para los partidarios inactivos de la república, y que el castillo de Santelmo y varios personajes realistas quedarían en rehenes del fiel cumplimiento de aquella condición, permaneciendo guarnecido como lo estaba, hasta que sabido el arribó á Francia de las otras guarniciones y de los demás comprometidos, se entregarían con iguales condiciones al Cardenal. Firmóse el convenio, ó por mejor decir, el engaño. Rindiéronse Castelnuovo y el castillo del Ovo, y el torreón del Cármen y el puesto de Pizzo-falcone. Salieron las guarniciones republicanas y los que iban á expatriarse; y aunque insultados y escarnecidos por el populocho y por los soldados de la fe, no dejando de ocurrir parciales desgracias, se embarcaron en varios buques mercantes dispuestos de antemano, pero no dieron la vela. Llegó en esto Nelson con el resto de la escuadra. Antes de fondear abordó á su navío un buque ligerísimo que venía á toda vela de Sicilia, y en él Lady Hamilton, con mensaje acaloradísimo de la Reina, ya sabedora de la capitulación. Recibió el amante marino á la encantadora sirena con el mayor fervor, y aunque oyó con disgusto sus excitaciones á la crueldad y á la perfidia, se dejó al cabo seducir, y fondó resuelto ¡oh ceguedad! á manchar su glorioso nombre. Declaró que no era válida la capitulación, y exigió que se le entregaran los prisioneros. No osó resistir el cardenal Ruffo; nada hicieron por cubrir la honra de sus firmas los generales extranjeros. Los desgraciados, que ya se creían seguros, fueron arrancados de á bordo y trasportados, unos á los navios ingleses, otros á los castillos, de que eran dueños algunos días antes, y á las cárceles públicas de la ciudad. Enardecidos los lazarones y los soldados de la fe, viéndose á Nelson y á los ingleses, á Dios y al Rey, se creyeron autorizados para todo; y fué la infeliz ciudad teatro de los más horribles asesinatos y de los más abominables saqueos. Un tribunal criminal en tierra, y una comisión militar á bordo, se encargaron de la suerte de los miseros capitulados. Pasaron de cincuenta las ejecuciones, y entre ellas vió con dolor toda Nápoles morir pendiente de un penol del navío inglés al desdichado Caracciolo, cuyo cuerpo tuvo sepultura en el mar.

Rindióse Santelmo por perfidia de su gobernador, y la guarnición y los refugiados en él fueron perseguidos, heridos, y muchos asesinados por las turbas sin freno, que no reconocían autoridad ninguna. Al cabo restableciéronse en la ciudad la calma y el reposo, pero la calma y el reposo de los sepulcros. Fué Nelson á Sicilia, y trajo al Rey á la bahía de Nápoles, donde permaneció abordó, dictó varios decretos, nombró autoridades, y regularizó la persecución olvidado completamente de la clemencia.

A los dos días de su llegada estando el Rey en el aleazar del navío vió venir hacia él un bulto, lo miró con curiosidad y cuando se acercó reconoció el cadáver hinchado y deshecho de Caracciolo. Quedó petrificado, quedó Nelson, quedáronlo los cortesanos, y preguntó aterrado: *¿quién quiere ese muerto?* y el Arzobispo le contestó: *señor, sepultura cristiana.* — *Que se la den,* dijo el Rey, y trémulo y desmayado se encerró en la cámara.

Restablecida con el terror la tranquilidad, dejó el Rey el mando supremo de Nápoles al Cardenal, y regresó á Palermo, donde fué recibido con grandes festejos, y donde fundó la insigne orden de San Fernando y el mérito

Los soldados de la fe necesitaban movimiento, y convenía ya alejarlos de la ciudad para evitar nuevos disgustos, desórdenes y conflictos; y se discursó una expedición contra Roma. Verificóse y con buen éxito; pues tuvieron los franceses que evacuarla. Repitieron allí los mismos desastrosos excesos que en Nápoles y no se alzó la bandera papal, sino la napolitana.

El cardenal Ruffo dejó la Vicaría de Nápoles al príncipe del Cassero y fué á Venecia para asistir al Conclave que eligió al papa Pio VII. La Reina de Nápoles fué á Liorna camino de Viena. En aquel tiempo se introdujo en Italia la vacuna.

En todas partes empezaron á padecer serios descalabros los franceses, y la fortuna de la guerra á inclinarse en favor de los enemigos de las repúblicas; cuando Napoleón Bonaparte volviendo de Egipto, derribó el débil gobierno del imbécil Directorio, disolvió el Consejo de los quinientos, y volvió á los campos de batalla donde encontró de nuevo la victoria. Con la de Marengo restableció el poder de la Francia, y firmó el armisticio de Alejandría el 15 de junio de 1800.

No cedió el Rey de Nápoles, y reforzó sus tropas de Roma, por lo que quedó excluido de la paz de Luneville; hasta que, marchando Murat con fuerzas respetables á arrojarlo de la ciudad eterna, tuvo su general Damas que avenirse á la conveniencia de Fuligno, preliminar de la paz, que concertó después y que se reprodujo en los tratados de Amiens, con que pareció terminada la guerra.

Instaló el general Murat al papa Pio VII en su silla; y partidos ya los soldados rusos é ingleses de Nápoles fué á visitar aquel estado donde lo obsequió y le regaló una magnífica espada, el príncipe heredero Francisco, que gobernaba el estado como Vicario general.

Regresó la Reina de Viena, y volvió también á Nápoles Fernando IV con su familia y el general Acton, siempre ministro omnipotente, siempre favorito predilecto; y se concertaron el matrimonio del príncipe heredero don Francisco, viudo de la archiduquesa Clementina, y con solo una hija (hoy la viuda del duque de Berry), con la infanta de España doña Isabel; y el de la princesa napolitana doña Antonia, con el príncipe de Asturias don Fernando. Una escuadra española fué por los novios, y celebráronse las bodas en Barcelona el año 1802.

La paz de Amiens no había quietado los ánimos, ni satisfecho las ambiciones, ni desarmado los ejércitos. Toda Europa estaba alerta y mal segura. En Nápoles duraba la inquietud, se agriaron las persecuciones, creció la miseria, y hasta erupciones del volcan y nuevos y continuos terremotos vinieron á aumentar las desdichas del país, arruinando campos y poblaciones, y poniendo en peligro á la ciudad de Nápoles.

Declarándose Napoleón Bonaparte emperador de los franceses y rey de Italia, fué á coronarse á Milán, y en la recepción de los embajadores, que de todos los países, menos la Inglaterra, fueron á reconocerlo y á felicitarlo, trató al de Nápoles con la mayor dureza, le manifestó que no ignoraba las secretas relaciones que mantenía la reina Carolina con los ingleses, y prorumpió en las más duras amenazas, que dejaron aterrado al embajador.

Efectivamente, la implacable Reina de Nápoles y su favorito, acaso sin noticia del Rey, tramaban nuevos planes de guerra, y estaban de acuerdo con los ingleses, que se veían amenazados por el campo francés de Boulogne, y que á toda costa procuraban promover una guerra general.

Coligábase secretamente Austria, Rusia y Suecia, negociaba la Prusia, y no era ajeno á los tratados el reino de las Dos Sicilias. Todo lo sabía el emperador Napoleón, y se preparaba á la guerra general, cuando ocurrió la desgracia de Trafalgar, tumba de la gloriosa marina española. Esta victoria naval de los ingleses fué celebradísima en la corte de Nápoles, y animó grandemente á todos los enemigos de la Francia; lo que obligó á Napoleón á ordenar á Saint-Cyr, que mandaba el ejército de Lombardia, que invadiera el reino de Nápoles antes que desembarcaran en él los rusos é ingleses como estaba concertado. La corte de Nápoles con esta noticia trató de sincerarse, y negoció en París el tratado de 21 de setiembre de 1805, comprometiéndose á la más estricta neutralidad. En vista de él recibió Saint-Cyr órdenes de alejarse de la frontera de las Dos Sicilias, replegándose sobre el Adige. Pero el 26 de octubre, esto es, un mes después, ratificó el rey Fernando otro tratado de alianza con Austria, Rusia é Inglaterra contra la Francia; de modo que puede decirse que al mismo tiempo estipulaba paz en París y guerra en Viena.

A los pocos días fondeando en la bahía de Nápoles gran número de buques desembarcaron en Nápoles y en Castellamare, once mil rusos, dos mil montenegrinos, y seis mil ingleses: estas fuerzas, reforzadas con diez mil hombres y dos mil caballos á las órdenes del general moscovita Lascey, se pusieron en marcha con varias direcciones hacia la alta Italia, á distraer á Massa; pero las armas francesas habían recobrado su brío y los favores de la fortuna. Tuvo que replegarse el archiduque Cárlos, y Lascey y el general inglés Greig hicieron

lo mismo, retrocediendo hasta Sese é Itri con espanto de la capital.

Ganada muy luego la batalla de Ulma por los franceses, dueños luego de Viena, y triunfadores en Austerlitz, firmó el emperador Napoleón la paz de Presburgo en 26 de diciembre de 1805, y aunque en ella no se hizo mención del reino de las Dos Sicilias, en un boletín del ejército francés de aquel tiempo se anunciaba la ruina de aquel trono en pago de su perfidia y doble trato, destinando á Saint-Cyr para conquistarlo.

Marcharon pues las tropas de este general á ejecutarlo con treinta mil combatientes, y en el camino se le reunió Massena con otros tantos, y tomó el mando de todos el príncipe imperial José Bonaparte, hermano del emperador Napoleón. Unidos en Teano los generales rusos é ingleses, trataron largamente si habían de defender el reino de las Dos Sicilias, ó si debían abandonarlo; y prevaleciendo este dictamen se embarcaron los rusos para Corfú y los ingleses para Malta.

En el palacio de Nápoles fué grande el desconcierto. El Rey y los príncipes y los cortesanos propendían á la idea de abandonarlo todo, y de refugiarse en Sicilia. La Reina inexorable, y su favorito Acton querían renovar la guerra nacional y resistir y tentar nuevas fortunas, y enviaron al príncipe Francisco y al príncipe Leopoldo, aquel á la provincia de Abruzzo y este á las de Calabria, y convocaron á los antiguos guerrilleros Fra Diavolo, Sciarda, Nunciante y otros, que fueron á levantar los pueblos, mientras la Reina se encargaba de la capital. Nada lograron estos esfuerzos, los pueblos no se entusiasmaron, no quisieron moverse; ora desengañados con tantos tan encontrados acontecimientos; ora porque rara vez se ven en un mismo siglo repetidos los movimientos nacionales, producto de la unanimidad de opiniones y de deseos. Partió el Rey para Sicilia, dejando de Vicario al príncipe heredero Francisco. Massena desde Spoleto declaró su propósito de conquistar el reino de Nápoles; y José Bonaparte publicó un manifiesto en que decía: que su venida era contra la familia real, no contra el pueblo; y estos impresos circulaban profusamente en la capital á pesar de la policía.

Marchó el cardenal Ruffo al quartel general de los franceses, y no habiendo sido recibido continuó su viaje á París. Viendo acercarse al enemigo, se embarcó deshecho la Reina con sus hijos y con Acton para Palermo. El príncipe Francisco quiso hacer el último esfuerzo del general Naselli, el príncipe de Canosa y el magistrado Cianciulli. Era lastimoso el estado de la ciudad, sin guarnición, más que la necesaria para cubrir escasamente los castillos, dividida en opiniones y en deseos, amenazada de saqueo por los lazarones. En tal conflicto el instinto de la propia defensa reunió á varios habitantes de todos colores y de opuestos intereses políticos, y formaron con la aprobación de la regencia, un cuerpo de vigilancia, que mantuvo á toda costa la tranquilidad, no sin trabajo; porque los ladrones que anhelaban confusión y saqueo, eran muchos, y no pocos los que ya saboreaban el placer de sus proyectadas ventajazas, que creían seguras en el momento del desorden.

Envió la regencia á los franceses, que estaban ya sobre Capua, un mensaje pidiendo un armisticio de dos meses, que fué negado; y entonces se convino en entregarles los castillos y la ciudad, respetando la religión, la propiedad y la libertad individual de los habitantes; y el día 14 de febrero de 1806 entraron triunfantes en Nápoles los conquistadores, y los príncipes que aun permanecían en Calabria se embarcaron para Sicilia. Así quedó completamente el reino en poder de los franceses, que ya no fundaban repúblicas, sino dinastías.

XIII

Tomó el mando supremo el príncipe José Bonaparte con título de lugarteniente del Emperador y Rey, enviando sus tropas con varios generales á tomar á Capua y á Pescara, y á sitiar á Gaeta, que gobernada por el valeroso príncipe Philipstad, tardó algunos meses en rendirse, y á pacificar las Calabrias. Organizó un ministerio compuesto del comandante Pignatelli, del príncipe de Bisignano, del duque de Cassano y del magistrado Cianciulli, napolitanos; y del francés Miot y del corso Salicetti; aquel para el departamento de la guerra, y este para el de policía. Publicó varios decretos de buen gobierno, y convenientes arreglos de la hacienda pública; y creía tranquila su dominación, cuando se hicieron dueños los ingleses, mandados por el despus célebre Sir Hudson Law, de la isla de Capri, perdida de consideración siendo la que cierra, por decirlo así, el golfo de Nápoles, y que iba á ser un foco continuo de conspiraciones y de intenciones.

Concluida la guerra en Calabria, que no dejó de ser sangrienta y tenaz, tomando alguna parte en ella los ingleses, fué José á reconocer aquellas provincias; y durante su viaje estando en Reggio,

TOMO II

recibió el nombramiento de Rey de Nápoles, que le confirió su hermano el omnipotente Emperador, por decreto dado en París el 30 de marzo de 1806; por cuya nueva regresó ufano á la capital, que volvió á tomar el aspecto de corte.

Estableció su casa real fijando los gastos de ella no muy estrechamente, creó prefecturas, un consejo de estado, y planteó casi todas las leyes y prácticas francesas; no descuriendo la guerra, y en los riesgos de Calabria, por el valor de los bandidos y de los borbonistas en ellos refugiados, ó en las costas, con imprevistos desembarcos de sicilianos y de ingleses de tiempo en tiempo se encendía, ó por mejor decir nunca se apagaba. Organizó la instrucción pública, disminuyó los conventos, abolió de nuevo los mayorazgos, dió á censo las tierras comunales y baldías, y estableció una vigorosa centralización.

A los dos años escasos de reinado, partió para Francia el rey José, y desde luego se barruntó en Nápoles que no volvería. A poco se supo que su hermano lo llamaba para conferirle en Bayona la corona de España y de las Indias; y el día 2 de julio de 1808, se publicó un edicto suyo en que lo participaba al reino, y en que le otorgaba, como regalo de despedida, una carta muy semejante á la que había de servirle para gobernar á España, y que se llamó *Constitución de Bayona*.

Un decreto del Emperador del 15 de julio dado en aquella ciudad, cedió á su cuñado Joaquín Murat la corona de Nápoles vacante por el ascenso á la de España de su hermano; y un edicto del nuevo Rey, de la misma fecha, ofreció á los napolitanos venturas y maravillas. Era nacido en condición humilde y empezando la carrera de simple soldado, como la mayor parte de los mariscales del imperio, había llegado á tan alto puesto por su valor fabuloso, y su pericia en el manejo de la caballería, y también por haber casado con una hermana del Emperador. Su gallarda presencia, su porte marcial, lo pomposo y teatral de su habitual atavío, sus modales francos y desenfadados, su desfilarrada generosidad, y el renombre de sus hazañas, lo hicieron grato al pueblo de Nápoles, que no estaba muy contento con José, y lo recibió con grandes festejos. El nuevo Rey por su parte publicó indultos, perdonó multas, dió pensiones á las viudas de los militares, y reformó la policía, con lo que no dejó de ganar partido. Y asentado ya en el trono, trató con empeño de desalojar á los ingleses de la isla de Capri. Dió el encargo al despus tan célebre general Lamarque, quien lo logró pronto, aunque no sin vencer grandes dificultades, y sin adquirir mucha gloria.

Mostróse el rey Joaquín activísimo en que no fueran inútiles las reformas ya hechas, y en plantear otras nuevas. Dió forma más clara y conveniente á los registros públicos, arregló las casas de beneficencia, estableció las milicias cívicas, levantó el estado de sitio de las Calabrias, y publicó una solemne y amplia amnistía, abriendo la puerta de sus domicilios habituales á muchos padres de familia, que andaban prófugos y escondidos, y aseguró la pública tranquilidad.

Se enardeció en esto la guerra de Lombardía, y con ventaja de los enemigos de Francia; hasta que el Emperador, favorito siempre de la fortuna, entró triunfante en Viena, y desde allí fulminó decretos que acreditaban su poder; entre otros uno privando al Papa del dominio temporal, y declarando el estado romano parte del imperio francés. El rey de Nápoles tuvo el encargo de cumplir esta determinación, y envió á Roma seis mil hombres y al ministro Salicetti. Encerrose el Sumo Pontífice en Sant'angelo, protestó contra aquel despojo y excomulgó á los perpetradores.

Entre tanto apareció de improviso una expedición anglo-sicula salida de Palermo y de Melazzo, á las órdenes del príncipe Leopoldo y del general Stewart. La numerosa é imponente escuadra que la conducía, dejó tropas y bandidos desembarcados en varios puntos de Calabria, y después de amenazar ya unas ya otras costas, apareció en el golfo de Nápoles llenándolo todo. El Rey armó milicias, levantó baterías, hizo venir un buque de guerra de Gaeta, y hubo ligeros combates, desembarcos parciales y continuas escaramuzas, con poca ó ninguna alarma de la ciudad; hasta que llegando la noticia de la victoria de Wagram, lo abandonaron todo los expedicionarios, se reembarcaron, dejando hasta los heridos y enfermos, y navegaron la vuelta de Sicilia, con toda la apariencia de vergonzosa fuga.

Partió si la expedición anglo-sicula, pero dejó el país infestado con bandidos y guerrilleros, que en gran número, y en una y otra costa, habían profusamente desembarcado.

Cuando volvió el Emperador á París, marchó el rey Joaquín con toda su familia á felicitarlo por sus nuevos triunfos; y desaprobó la resolución de su cuñado de divorciarse de Josefina, y tampoco le agradó la elección de su nueva esposa.

Quedó en Francia la Reina y volvió el Rey á Nápoles, pero por pocos días, pues tuvo que regresar á París para las bodas del Emperador, aunque tornero muy luego con el proyecto de conquistar á Sicilia. Y no falta historiador muy bien instruido en

aquellos sucesos, que apunte la idea de que la sagaz y altanera reina Carolina, se puso entonces secretamente de acuerdo con Napoleón para deshacerse de la tutoría en que la tenían los ingleses. Aparecía el rey Joaquín la expedición, cuando un navío inglés apareció en el golfo. Salíó á combatirlo la escuadrilla napolitana, que fué completamente destruida, virando y desapareciendo á toda vela el buque agresor. Este incidente irritó á Joaquín, que marchó inmediatamente sobre el Faro, estableció allí un campo numeroso, y gran número de lanchas cañoneras y de buques menores armados y bien tripulados y abastecidos.

No tuvieron resultado estos preparativos, que duraron tres meses; y deshecho el campo, y retirados los buques, volvió el Rey á Nápoles, á poner orden en Calabria, presa infeliz de los bandidos, que crecían por momentos en número y en audacia. Dió la comisión de exterminarlos al general francés Manches, que lo consiguió con una feroz satánica y con una crueldad inaudita, quemando villas y lugares, y pasando á cuchillo familias enteras sin respeto al sexo ni á la edad; curando en fin aquel mal tan radicalmente, que no ha vuelto hasta ahora á aparecer en todo el reino.

Volvió Joaquín á París para festejar el nacimiento del hijo del Emperador y de la Archiduquesa, creado Rey de Roma, y regresó por poquísimo tiempo á Nápoles, pues empezó la funesta guerra de Rusia, y fué llamado por Napoleón para tomar en ella parte importantísima. No estaba ya los cuñados muy acordes, tanto porque el Emperador se burlaba del Rey, llamándole *rey de teatro*, cuanto porque Murat no aprobó aquella guerra, donde se oscureció para los franceses el astro de la victoria. Mandó y triunfó en los hielos del Norte dando nuevas muestras de su singular pericia en manejar caballería, y de su valor extraordinario y famoso; pero acaso no agradó al Emperador, cuando se vio relevado del mando por el príncipe Beauharnais, con lo que desabrido el Rey de Nápoles, regresó á su reino.

En tanto era deplorable la suerte de Sicilia. El lujo de la corte, y los continuos armamentos para hostilizar al Rey intruso la tenían completamente arruinada. La preponderancia de los señores napolitanos en la ocupación de empleos y en autoridad, con mengua de los del país, mantenía entre unos y otros una rivalidad peligrosa; y el ningun caso que hacia el gobierno de los antiguos feudos, y el olvido en diez años de reunir los parlamentos, tenía á todas las clases disgustadas y completamente enajenado el país. Y cuando se le ocurrió reunirlos al Rey Fernando, como fué sólo para demandar recursos á toda costa, y al ver que por haber sido negados fueron presos y atropellados muchos nobles y personas de cuenta, se colmó la medida del descontento general. Lord Bentinck, comandante en jefe de las tropas inglesas que guarnecían á Sicilia, se alarmó á tal punto, que dió cuenta á su gobierno de todo lo que pasaba; y autorizado por él, reunió también el mando de las fuerzas sicilianas, impuso una conducta más moderada y conveniente al Rey, puso en libertad á los presos y rehizo el ministerio con sicilianos de importancia, arrojando de él á Médicis, que había suplantado en importancia y en favor secreto al caballero Acton. Aburrido el Rey abandonó el gobierno activo del Estado á su primogénito Francisco con el título de su vicario, y la reina María Carolina, deshecha é inexorable, se retiró á Castelvetrano, de donde, incomodando aún su influencia á los ingleses, fué á Mazzara, donde se embarcó para ir á Viena. Llegó después de un viaje tardío y penosísimo, y allí murió en 1814. En el anterior, y antes de la ausencia de la Reina, determinó la Inglaterra constitucionalizar la Sicilia; y en nombre del Rey le dió una constitución calcada sobre la suya, con dos cámaras, etc., la que fué publicada y jurada por el Vicario general. Mas nunca llegó á regir, y á poco cuando volvió la corte á Nápoles quedó abolida del todo, dejando sólo su memoria para servir de pretexto á odios permanentes, á grandes desavenencias y disturbios, y aun después de tantos años, en nuestros días, á lamentables sucesos. Pero no trastornemos el orden de los tiempos y volvamos á Murat.

Ingrato con el hombre poderoso á quien debía cuanto era, le volvió la espalda en cuanto le torció el rostro la fortuna. Y para no perder la corona al desplomarse, como preveía, la imperial de su cuñado, entró en hablas con Austria y Rusia, formando liga para dar el último golpe al Emperador. Pero como éste se repusiese algún tanto en Sajonia, volvió á su ayuda, aunque por pocos días; pues sabido el descalabro de Leipsik lo abandonó segunda vez, tomando á entrar en relaciones estrechas con Inglaterra y Austria, que pactaron conservar el trono y agrandarlo con tierras de la Iglesia. Villana é infame conducta, indigna de un valiente guerrero con humos de rey. Aun volvió á entrar en tratos secretos con Napoleón, relegado en la isla de Elba, vendiendo á sus nuevos amigos; y cuando aquel apareció de nuevo en Francia para terminar su carrera, se declaró abiertamente en su favor. Marchó al frente de tropas napolitanas, valientes, discipli-